



FITUR 2017 / CULTURA

Presentación de “La mano quemada”, de Francisco Gil Craviotto

Por ALBERTO GRANADOS



Los pasados días 9 y 10 de noviembre, tuve el placer de acompañar a Francisco Gil Craviotto en la presentación de su “La mano quemada” (Editorial Nazarí, Granada, 2016) en Guadix y en Baza. Yo había preparado el texto que aparece a continuación para mi prevista intervención en Baza, creyendo que no iba a intervenir en la de Guadix. Sin embargo, nada más llegar a esta ciudad, los organizadores me plantearon que tenía que intervenir; algo que hice fiándome de mi memoria y del texto preparado para el día siguiente. Fue un placer compartir mesa con el autor, al que también acompañaron Juan Peregrina y un impagable Antonio Enrique, quien después del acto compartió con nosotros su erudición, su sabiduría crítica y su sentido del humor. Durante la jornada de Baza compartí mesa con el autor y Manuel Arredondo.

El texto que leí en esta última ciudad en su notable Museo Arqueológico es el que sigue:

Señoras, señores, buenas tardes.

Aseguran los narratólogos que el gran milagro de la literatura exige un pacto tácito

entre ustedes, los lectores, y el autor. Se trata de un contrato nunca firmado por el que los lectores otorgan la máxima libertad creativa al escritor a cambio de que éste no los defraude. Así pues, el creador parte de la libertad para elegir los conflictos narrativos, las tramas, la época, los personajes y sus caracterizaciones, el punto de vista narrativo, el final... a cambio de que los lectores disfruten de los mil acontecimientos que aparecen en el libro y, si este es bueno, disfruten de su lectura, reconozcan su valor y agradezcan a escritor y editor el regalo que han puesto en sus manos. Sólo si autor y lector llegan a esa poderosa sinergia, a esa complicidad, se habrá conseguido que el esfuerzo de publicar un libro haya valido la pena. Eso sucede cuando el libro deja en el lector un poso imborrable y se queda para siempre en su espíritu, cuando el libro leído deja una sonrisa agradecida en el alma, un recuerdo amable, una sensación de gratitud.

¿Qué carne ha puesto para ustedes Francisco Gil Craviotto en ese asador que es *La mano quemada*, primera parte de su *Los papeles de*

Juan Español? Nos habla de su propia infancia y adolescencia, aunque deliberadamente trata de disimularlo por medio de distintas estrategias. En primer lugar, recurre a un figurado narrador, el también exiliado Juan Español, quien le habría hecho llegar en dos carpetas los papeles que recogen sus memorias del exilio francés. Es el narrador interpuesto que, en una cabriola metaficcional, tanto ha aparecido en nuestra literatura desde el Cide Hamete Benengeli cervantino de “El Quijote”.

Otro recurso para desfigurar la realidad es la alteración de los nombres de los otros personajes y de los lugares alpujarreños que aparecen en la acción narrativa. La razón es evidente: cuando ambos libros fueron escritos (hace de ello casi treinta años), aún vivían muchos de los personajes que formaron parte de este inmenso tapiz autobiográfico y Gil Craviotto, siempre atento a estas delicadezas, no quiso en ningún momento que alguien se pudiera sentir molesto o señalado en el ambiente rural al que se refiere en su relato.

En *La mano quemada* el autor recrea la infancia llena de

imágenes de la guerra civil y de los primeros años de la postguerra. Como suele hacer, ha elegido el medio rural, su Turón natal, un pueblo mínimo de la Alpujarra granadina donde todo el mundo vive su vida, consciente de la escasa privacidad, donde hay ricos, pobres y caciques, donde se da una terrible represión al final del enfrentamiento, donde creció hasta que la vida lo llevó a seguir otros derroteros. Una realidad, en parte terrible, que queda tamizada por el recuerdo, dulcificada hasta el punto de que dentro de lo penoso de la situación, son frecuentes la sonrisa, la ternura, la proximidad a ese chiquillo narrador, evidente trasunto de Gil Craviotto, que nos cuenta mil anécdotas depuradas por su inocencia, por su despertar al mundo adulto, a la vida.

El poeta Fernando de Villena, autor del prólogo, señala la naturaleza exacta de este libro: una colección de estampas literarias, que pueden funcionar perfectamente como unidades autónomas, a la vez que conforman un conjunto perfectamente estructurado en torno a las contradicciones y descubri-

mientos que el pequeño protagonista va asumiendo, en medio de un clima de tierna evocación, humor ácido, delicadísima ironía y un emocionado afecto.

Como todos los escritores que se han adentrado en la infancia autobiográfica, Francisco Gil Craviotto recurre a la capacidad ennoblecedora que tiene el recuerdo, real o inducido, exacto o soñado, sublimado o frío. El autor explica en uno de los primeros párrafos que va a: “...hablar de mi niñez, de aquellos días felices en los que la inocencia -quizás sería más exacto decir la ignorancia- lo tenía todo de hermosura y de dicha”. El problema de estos libros de infancia es que lleguen a ser convincentes, equilibrados y veraces. En caso contrario falla la credibilidad porque, o pesa más el frío dato o lo hace la calidez de la emoción: se trata de una difícil cuestión de equilibrio. *La mano quemada* cumple sobradamente esta condición: al lector le quedará la sensación de armonía, además del placer lector que nos deja la lectura de un buen libro.

A lo largo de las veinticinco estampas que componen esta obra, el lector se encuentra con la descripción de su pueblo, el descubrimiento de la amistad (con un miliciano asentado en su casa, con Juanilla Cantarrecio, con Sebastián), la perplejidad que encuentra en la credulidad religiosa, el descubrimiento de la prematura e incomprensible atracción por la mujer (Mercedes), los papeles alpujarreños que ocurren en improvisadas excursiones llenas de mágica aventura, las meteduras de pata inherentes a la inocencia, el primer contacto con la escuela amiga, la victoria del bando nacional y la represión, la muerte, los riesgos de la vida natural, la familia, la desaparición de los que emigraron... Gil Craviotto pone en los ojos de un niño, en sus propios ojos, una delicada trama que refleja perfecta-

mente esa arcadía de la infancia evocada, sin soslayar un auténtico gozo por la naturaleza aún no contaminada... Este primer libro termina de manera realmente abrupta: el momento en que le toca salir por primera vez de su paraíso perdido para ingresar como alumno interno en un colegio de Almería. Los distintos capítulos de *La mano quemada* están llenos de rostros, voces, ambientes, circunstancias y emociones muy similares a los que el autor debió de sentir u observar muy directamente durante su niñez y preadolescencia. Gil Craviotto regresa en este libro a esa Ítaca que es su propia infancia, un ámbito que tiene mucho de magnificación de la realidad, mucho de regreso freudiano al seno materno, mucho de reencuentro consigo mismo. El recuerdo siempre selecciona lo amable y depura lo negativo, por eso el género memorialista resulta siempre atractivo para los lectores. Por eso, la guerra civil y la postguerra no tienen las dramáticas connotaciones que la historia nos podría mostrar. Los ojos de un niño sólo miran lo positivo para construirse su mundo. Si además se añade la maestría del autor para la estampa literaria, para el trazado en fino de los personajes, para la recreación del tiempo perdido y por eso mismo idealizado, el resultado será estos *Papeles de Juan Español*, cuya primera parte estamos hoy presentándoles, con la esperanza de volver esta próxima primavera para hacer lo propio con la segunda parte, llamada *La verja del internado*.

Francisco Gil Craviotto ha cumplido sobradamente con su parte del trato, entregando a la imprenta este libro delicioso. Ahora les toca a ustedes: léanlo, gócenlo, interiorícenlo, coméntenlo en blogs o boca a boca, difúndanlo, regálenlo estas navidades. Hagan que el libro forme parte de sus vidas, más allá de este mero acto de presentación. Un trato es un trato.